

Historias olvidadas de la museología colombiana

La invención de El Dorado. Museos arqueológicos, imágenes cartográficas y redes de conocimiento en Colombia (1935-1955)

DANIEL GARCÍA ROLDÁN

Universidad de los Andes, Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano, 2022, 305 pp., il.

TIESTOS CONVERTIDOS en cerámicas que reconstruyen el pasado, orfebrea destinada a ser fundida que se transforma en emblema del patrimonio colombiano, mapas que delinean territorios inventados entre silencios y superposiciones. En resumen, acciones que son producto de una conciencia patrimonial que emerge entre tensiones políticas, gubernamentales e intelectuales.

La obra de García Roldán es un relato que compila muchas historias alrededor de lo que hoy en día llamamos patrimonio arqueológico, haciendo hincapié en las trayectorias del Museo del Oro del Banco de la República y el extinto Museo Arqueológico Nacional. Su prosa entrelaza una cuidadosa narrativa académica con textos cortos en los que, a modo de microcapítulos, se analiza la creación de los mencionados museos, la elaboración e instrumentalización de mapas arqueológicos por estas entidades, así como los discursos museológicos en los que se inscribieron.

Uno de los principales aportes de García es al campo de la historia de la museología colombiana, la cual ha sido dominada por una mirada gubernamental, centralista y presentista. Como indica el autor, el abordaje de este tema ha dado prelación a la experiencia museológica del Museo Nacional de Colombia, especialmente al período de los años setenta en adelante. A lo cual responde indicando que “estos trabajos constituyen aportes relevantes y valiosos; sin embargo, ciertas hipótesis expuestas en ellos deben ser revisadas” (p. 203). En esta vía, demuestra cómo en la década de 1940 emergió un campo museológico

asociado al Instituto Etnológico Nacional, el Museo Arqueológico y una generación de museólogas y museólogos que ha pasado desapercibida en las investigaciones adelantadas en el área. También da cuenta de una práctica que no fue homogénea, local o amateur, ya que se nutrió de diálogos globales e intercambios de especialistas entre países. En este sentido evidencia que el producto de esta temprana museología moderna no se circunscribió a acumular objetos, sino que se ancló al diseño del espacio, la producción de catálogos, mapas, cursos de museología, programas de televisión y radio, entre otros.

Las historias que narra el autor dejan entrever un espacio museal complejo que descentra la mirada museológica nacional. El girar la atención a las colecciones arqueológicas hace tambalear los discursos que han centrado su interés en las obras de arte como hilo conductor de la museología colombiana. Esta obra insta a la reflexión sobre objetos y materiales poco estudiados, así como al cambio de la función y sentido de los mismos; como acertadamente lo indica, “si bien ambas instituciones eran importantes centros de investigación y exhibición, el predominio de la dimensión etnológica o artística en sus puestas en escena hacía que los objetos fueran concebidos bajo una luz parcialmente distinta” (p. 103).

El análisis de García podría extenderse a otras entidades museales y colecciones poco analizadas, ya que presenta una propuesta metodológica relevante que puede implementarse en nuevas investigaciones. Su argumento permite al lector transitar por un sinfín de caminos polifónicos y multimediales; aunque en la obra se reproducen pocas de las imágenes de las que refiere el texto, la descripción de los diálogos que las produjeron permite construir una imagen mental de las mismas. El cuerpo documental del autor se nutre, entonces, tanto de una lectura juiciosa de fuentes publicadas, como de una pesquisa en archivos de diferentes países, correspondencia e informes que son poco conocidos.

Siguiendo la propuesta de García, pensemos por un momento en los museos universitarios que a su vez fueron laboratorios, centros de enseñanza e investigación. No sobra recordar los

museos de historia natural o de ciencias de entidades como La Salle, la Universidad Nacional de Colombia y la Universidad de Antioquia, entre otras. Tal como el autor indaga sobre la creación del Museo Arqueológico Nacional, cuyo acervo inicial provenía parcialmente del Museo Nacional, valdría preguntarse por la gestión museológica de otras colecciones que migraron de este último a diversas entidades en el mismo período analizado en el libro. Este tipo de estudios ahondaría en la comprensión de la museología colombiana, pues García abre un camino complejo que nos lleva a redes de intercambio global enraizadas en las necesidades y realidades locales, conectadas permanentemente con el ambiente político de la época y las tensiones entre diferentes actores.

Por otra parte, García trae a colación una reflexión sobre la gestión del patrimonio arqueológico en la primera década del siglo xx. Los temas que aborda no dejan de ser actuales y algunos de los más provocadores son la relación entre la gaaquería y la circulación de bienes arqueológicos, la designación de presupuesto para el mantenimiento de las entidades encargadas de la investigación y salvaguarda de estos bienes, así como la conexión de los museos con los programas de educación y extensión. Aunque actualmente existen leyes que regulan el patrimonio arqueológico y políticas culturales dirigidas tanto a los bienes como a los espacios de gestión, la gaaquería pervive como práctica, al igual que la baja financiación a entidades públicas encargadas; asimismo, muchos museos centran su atención en las prácticas de exhibición, dejando en un segundo plano la investigación y la formación de distintas comunidades o públicos.

No es gratuito que, en el análisis de los dos museos, el autor incline su balanza hacia la experiencia del Museo Arqueológico. Un juicio influenciado por varios factores. Por una parte, llama la atención en el acceso a los archivos para llevar a cabo la investigación y, en varias ocasiones, pone de manifiesto la necesidad de permitir “la consulta de los archivos relacionados con la historia del Museo del Oro y su colección” (p. 285). Por otra parte, al distanciarse de los discursos

museológicos tradicionales, concibe el espacio museal más allá de las salas de exposición, como un lugar que se construye desde los actores inscritos en él y las redes de intercambio en las cuales participan.

La obra de García nos deja meditados respecto a cuánto ha cambiado la gestión de los bienes arqueológicos en Colombia. En los aeropuertos, las fotografías de la laguna de Guatavita aún hacen referencia a El Dorado que fue inventado en el Museo del Oro, y la misma escena se replica en libros escolares y en la enseñanza del pasado prehispánico en primaria y secundaria. Ese mismo pasado que muchos continúan asociando a objetos engalanados, bien pulidos y con un brillo único que los hace bellos, que obnubilan la mirada pero nos dicen poco sobre quiénes los produjeron o cómo vivían las sociedades en el pasado. Poco o nada se escucha sobre las áreas arqueológicas protegidas, las colecciones de referencia compuestas por miles de fragmentos y las reservas que crecen de forma acelerada debido a la arqueología preventiva.

¿Cuándo un objeto es entonces una obra de arte o un bien arqueológico? Si bien no son categorías excluyentes, la arqueología que García trae a la mesa es aquella que nos permite reflexionar sobre el pasado desde las necesidades del presente. Es una arqueología en la que el fragmento, el contexto y el objeto se convierten en narración no permanente, por ser producto de batallas que no deberían ser invisibles en la comprensión del patrimonio arqueológico colombiano.

Aura Lisette Reyes Gavilán

Profesora asociada Universidad de Antioquia